

PITÁGORAS Y WINNICOTT: CONSIDERACIONES SOBRE LA EXPERIENCIA CIENTÍFICO-RELIGIOSA A PARTIR DE LA NOCIÓN DE CREATIVIDAD EN EL ESPACIO TRANSICIONAL

OMAR RAMÍREZ MOORE

Estudiante de la Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Psicoanalista, miembro asociado del Círculo Psicoanalítico Mexicano con más de diez años de experiencia clínica en consultorio privado. Actuario por la Facultad de Ciencias de la UNAM, con Especialidad en Estadística Aplicada por el Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y Sistemas. Egresado de la primera generación del programa de estudios en Teología del Instituto Bíblico Horeb de la Ciudad de México.

Recepción: 12 octubre 2024/ Aceptación: 11 diciembre 2024

RESUMEN

Lo científico y lo religioso suelen situarse en mundos radicalmente separados, como producto de una visión positivista de la creación subjetiva. Desde la base del concepto freudiano de ilusión, mediante el cual se da a la experiencia religiosa un carácter fantasioso, la creación científica resulta indisolublemente franqueada ante los embates de la vida mística del sujeto.

Nuestra propuesta es analizar el proceso creativo de uno de los grandes postulados de las matemáticas, el Teorema de Pitágoras, como un resultado integrador de ambas perspectivas en un personaje mítico como es el sabio de Samos, científico trascendente y místico, creador de una secta religiosa, quien configura su teorema a partir de la observación de su cuerpo, desde donde logra postular una importante generalización que hasta el día de hoy se sigue utilizando en el mundo de las matemáticas y la física.

A partir de la concepción de la zona intermedia desarrollada por Donald Winnicott analizamos el puente posible entre la vida interna del sujeto y la realidad objetiva, como

un espacio que da origen a todo tipo de creaciones que no se reducen a la creación artística, sino a la condición de estar vivo.

PALABRAS CLAVE: creatividad, fenómenos transicionales, Pitágoras. psicoanálisis, religión y ciencia, zona intermedia de experiencia.

SUMMARY

The scientific and the religious are usually situated in radically separate worlds, as a product of a positivist vision of subjective creation. From the basis of the Freudian concept of illusion, through which religious experience is given a fantasy character, scientific creation is inextricably exposed to the attacks of the mystical life of the subject. Our proposal is to analyze the creative process of one of the great postulates of mathematics, the Pythagorean Theorem, as an integrative result of both perspectives in a mythical character such as the wise man of Samos, transcendent scientist and mystic, creator of a religious sect. , who configures his theorem from the observation of his body, from where he manages to postulate an important generalization that continues to be used to this day in the world of mathematics and physics. Starting from the conception of the intermediate zone developed by Donald Winnicott, we analyze the possible bridge between the internal life of the subject and objective reality, as a space that gives rise to all types of creations that are not reduced to artistic creation, but to the condition of being alive.

KEY WORDS: creativity, transitional phenomena, Pythagoras. psychoanalysis, religion and science, intermediate zone of experience.

RESUMÉ

Le scientifique et le religieux se situent généralement dans des mondes radicalement séparés, produit d'une vision positiviste de la création subjective. A partir du concept freudien d'illusion, par lequel l'expérience religieuse revêt un caractère fantastique, la création scientifique est inextricablement exposée aux attaques de la vie mystique du

sujet. Notre proposition est d'analyser le processus créatif de l'un des grands postulats des mathématiques, le théorème de Pythagore, comme résultat intégrateur des deux perspectives dans un personnage mythique tel que le sage de Samos, scientifique transcendant et mystique, créateur d'une secte religieuse. , qui configure son théorème à partir de l'observation de son corps, d'où il parvient à postuler une généralisation importante qui continue d'être utilisée aujourd'hui dans le monde des mathématiques et de la physique. A partir de la conception de la zone intermédiaire développée par Donald Winnicott, nous analysons le pont possible entre la vie interne du sujet et la réalité objective, comme un espace qui donne naissance à tous types de créations qui ne se réduisent pas à la création artistique, mais à la condition d'être en vie.

MOTS-CLÉS: créativité, phénomènes transitionnels, Pythagore. psychanalyse, religion et science, zone intermédiaire d'expérience.

INTRODUCCIÓN

La oposición entre lo científico y lo religioso es un planteamiento ampliamente conocido en la obra de Freud, pero también en la sociedad actual, marcada por el positivismo y la objetividad. Son pocos los personajes conocidos que nos permiten reflexionar bajo estas dos perspectivas, y es aún más difícil encontrar una construcción teórica psicoanalítica que nos lleve a pensar más allá de la *ilusión* freudiana.

En la propuesta de Winnicott -incluso en Freud- podemos encontrar posibilidades de conexión entre dichos espacios epistemológicos, a partir de nociones teóricas que dan lugar a la creatividad. Ahí la creatividad es pensada como “el hacer que surge del ser” (222) [1], sin referirse por ello exclusivamente a la actividad artística

La experiencia creativa es compartida por los dos ámbitos en que nos ubicamos -donde podríamos agregar lo psicoanalítico como un tercero- y ésta tiene su base en la observación, las leyes, lo sagrado, lo corporal y los objetos internos como habilitadores de alternativas para la resolución de problemas teórico-prácticos. Con base en lo anterior, nos hemos planteado realizar esta investigación de tal suerte que nos permita identificar los elementos de la subjetividad que están implicados en el proceso

creativo . Nos proponemos responder a las siguientes preguntas como reflexión fundamental de este trabajo: ¿Cómo la noción de espacio transicional posibilita nuestra comprensión de los aspectos que tienen en común la creación científica y religiosa? ¿De qué forma los desarrollos teóricos y los aspectos biográficos de Pitágoras nos pueden llevar a comprender los elementos base compartidos entre sus postulados matemáticos y los principios religiosos postulados por la secta de los pitagóricos desde la conceptualización del espacio transicional? ¿Cuáles son las características de los objetos internos que dan lugar a ambas producciones?

Así, estudiaremos algunos aspectos biográficos del autor del famoso “Teorema de Pitágoras” y su legado en un grupo religioso pre-socrático que tuvo gran influencia en los desarrollos filosóficos que les sucedieron. Nuestro propósito principal es analizar las posibilidades que representa la noción de espacio transicional de Winnicott para la experiencia creativa en el ámbito psicoanalítico, científico y religioso. Realizaremos una exploración psicoanalítica desde su teoría a partir de nociones centrales en su desarrollo, como son: espacio transicional, objeto transicional, fenómenos transicionales, zona intermedia de experiencia, ilusión, juego y creatividad. Así mismo, el lector encontrará aproximaciones teóricas realizadas en torno a la relación del psicoanálisis y el misticismo, ya que proponemos también aproximarnos desde el psicoanálisis a la vida mística de nuestro personaje, en el cual hemos tenido la fortuna de encontrar tanto el perfil del gran científico como del místico apasionado.

El lector encontrará que el ejercicio que realizamos en este recorrido busca fundamentalmente proponer, desde la mirada del psicoanálisis, un acercamiento a la comprensión del encuentro entre lo científico y lo religioso, pues estará en posibilidades de identificar el lugar de “lo sagrado” como punto de intersección entre ambos mundos. Ésta es sin duda una interesante y novedosa aproximación respecto a ámbitos epistemológicos que suelen pensarse como ajenos: la ciencia, la religión y el psicoanálisis.

DESARROLLO

La exploración psicoanalítica en otros campos teóricos del saber

Sigmund Freud (1856-1939) [2], durante la última década de desarrollo de la teoría psicoanalítica, en la 34a conferencia titulada “Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones”, establece lo siguiente en cuanto a nuestras posibilidades de aplicación de los conceptos psicoanalíticos en otros campos del saber:

El psicoanálisis se convirtió en psicología de lo profundo, y puesto que nada de lo que los hombres crean o cultivan puede comprenderse sin el auxilio de la psicología, casi naturalmente surgieron, se impusieron y exigieron elaboración las aplicaciones del psicoanálisis a numerosos campos del saber, en particular a las ciencias del espíritu....Semejante aplicación presupone conocimientos especializados que el analista no posee, en tanto quienes los poseen, los especialistas, no saben nada de análisis y quizá ni quieran saber .

Así, y dada nuestra experiencia en campos del saber que habitualmente se asumen excluyentes, exploraremos posibilidades de encuentro entre la ciencia, la religión y la teoría psicoanalítica en torno a uno de los puntos que indiscutiblemente tienen en común: la creación. Para lo cual hemos elegido la figura de Pitágoras -matemático, filósofo y religioso griego- como un caso paradigmático, dada su fama entre el mundo científico desde más de 2000 años atrás, pero también por lo que parece ser una vida mística y un tanto sombría. Para nuestra elaboración, proponemos la teoría de Winnicott como nuestro principal eje de pensamiento, y para ello rescatamos algunos de sus principales conceptos relacionados con la experiencia creativa del ser humano: experiencia de satisfacción, objeto transicional, fenómeno transicional, creatividad, juego, cuerpo e ilusión.

Las primeras experiencias de satisfacción

Donald Winnicott publicó su obra “Realidad y Juego” en 1971 como una ampliación de su trabajo “Objetos transicionales y fenómenos transicionales” publicado 20 años antes. En ella se propone hacer una reflexión sobre la realidad psíquica en los seres humanos

en relación con un aparente olvido en el territorio del desarrollo infantil: la experiencia individual en relación con la realidad exterior, la realidad compartida, donde la experiencia cultural parecía no haber encontrado el lugar que merecía.

El acontecimiento de la primera experiencia de satisfacción ha sido ampliamente estudiado por la teoría psicoanalítica. Podemos recordar que entre las primeras innovaciones a este respecto destaca la teoría de Melanie Klein, en relación con la cual destacamos los siguientes elementos a manera de un muy breve resumen, sumamente útil para nuestros fines: el pecho materno es el primer satisfactor que inaugura un sin número de acontecimientos que colocarán a ese bebé en el centro del caos: el pecho que alimenta (el bueno) en contraposición al pecho que frustra (el malo); el yo en oposición al no-yo; los objetos internos y los objetos externos; el pecho fantaseado y aquél que está inscrito en la realidad objetiva; destrucción e integración; objeto parcial y objeto total. En fin, un conjunto de díadas que contrastan inscripciones en el cuerpo con la realidad objetiva, dinamismo que es la base para la creatividad humana, en el sentido de la alucinación que redundará en la creación del objeto fantaseado por parte del bebé. Y es en este punto donde situamos a nuestro personaje, como un creativo en el mundo de la ciencia, pero también en el de la religión a través de la secta de los pitagóricos.

Objeto, fenómeno transicional e ilusión

Winnicott plantea su primera hipótesis sobre el objeto transicional, diciendo: “Es bien sabido que los recién nacidos tienden a usar el puño, los dedos, los pulgares, para estimular la zona erógena oral, para satisfacer los instintos en esa zona y, además, para una tranquila unión. También se sabe que al cabo de unos meses los bebés encuentran placer en jugar con muñecas, y que la mayoría de las madres les ofrecen algún objeto especial y esperan, por decirlo así, que se aficionen a ellos. Existe una relación entre estos dos grupos de fenómenos separados por un intervalo de tiempo,...” (17) [3]. Así, en el intervalo de tiempo que separa los dos momentos aquí descritos, sucede una transición entre el uso del cuerpo propio y el objeto que será depositario de la afición del bebé.

A partir de esta hipótesis se introducen dos conceptos fundamentales: el objeto transicional y el fenómeno transicional (la fantasía). Con ellos se designa una zona intermedia entre el cuerpo del bebé y, por ejemplo, “Winnie the Pooh”, entre el erotismo oral y la relación de objeto. Pero queremos poner aquí especial énfasis en un concepto que es central para nuestra reflexión: Winnicott llama a este espacio “la zona intermedia entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que se ha introyectado” (18) [3]. La llama una “zona de experiencia” a la que contribuyen la realidad interior y la vida exterior. Pero lo más importante es que esa zona inaugurará cierta configuración libidinal a partir de la experiencia y por la que el bebé sabrá que de vez en vez se producirá un encuentro placentero, en el que entrarán en contacto el pecho fantaseado y la experiencia corporal de satisfacción. Dicho espacio formará parte de la vida psíquica del sujeto por el resto de sus días, constituyéndose así un lugar devocional en torno a lo placentero.

Se define también un estado relativo a las capacidades del bebé en esta dinámica, “un estado intermedio entre la incapacidad del bebé para reconocer y aceptar la realidad, y su creciente capacidad para ello” (19) [3]. La sustancia de ese estado es a lo que el psicoanalista inglés llama *ilusión*, que en la vida adulta dará desde su perspectiva lugar al arte y a la religión (19) [3]. Es desde aquí donde proponemos pensar la tradición pitagórica, desde el lugar de la ilusión que tendrá impacto en toda su obra. Nótese que en Winnicott la concepción de la *ilusión* tiene una connotación “positiva”, como de aquel que está ilusionado y que no por ello es un iluso.

Creatividad: una experiencia lúdica e ilusoria desde el cuerpo

Desde nuestra perspectiva, en la teoría de Freud hemos encontrado una estrecha relación que guarda el concepto de creatividad con su teoría de la sublimación. En el caso de Melanie Klein, fundadora de la escuela inglesa de psicoanálisis, encontramos este concepto principalmente asociado con la reparación del objeto desde la posición depresiva. En la teoría winnicottiana, la madre tiene un rol de pivote antes y poco después del nacimiento donde la creatividad está en el centro de dicha relación. Para Winnicott, “la creatividad primaria es una energía innata hacia la salud y está indisolublemente ligada a algunos de sus temas más importantes en la teoría: la

necesidad de una ilusión; la habilidad de la madre para responder al gesto espontáneo del infante facilitando así el desarrollo de su sentido de sí mismo emanado de su sí mismo verdadero; el rol de la agresión primaria y el requerimiento de un objeto por parte del infante” (105) [4]. Sin embargo, hay que diferenciar las creaciones artísticas de la creatividad, pues no es en ese lugar idealizado del artista donde se ubica nuestro análisis. La cuestión medular en nuestra aproximación tiene que ver con la condición creativa, la cual no necesariamente está siempre presente en el artista; un artista puede realizar una composición desde el lugar de la producción y no desde el de la creatividad. Al respecto, Winnicott establece: “una creación puede ser un cuadro, una casa, un jardín, un traje, un peinado, una sinfonía, una escultura; cualquier cosa a partir de una comida preparada en casa. Quizá sería mejor decir que estas cosas podrían ser creaciones. La creatividad que me ocupa aquí es un universal. Corresponde a la condición de estar vivo” (96) [3]

Por último, en relación con el juego, encontramos a éste como puente entre el mundo interno y el mundo externo en el espacio transicional. La cualidad de jugar en dicho espacio es llamada por el psicoanalista inglés como “fenómeno transicional”, siendo esta cualidad un sinónimo de creatividad y el origen del encuentro con un “sí mismo” que será decisivo en la vida futura del bebé.

Pitágoras, su teorema y su carácter divino

A nuestro personaje se le considera no solamente entre los fundadores de las matemáticas, sino también de otras disciplinas como la música, la medicina, la geometría, incluso la filosofía (17) [5]. Nacido en la isla griega de Samos en el año 570 a.C., ha sido reconocido por su genio matemático y es mundialmente célebre por el teorema que lleva su nombre, del cual enunciamos la versión más completa y detallada:

Dado un triángulo de vértices ABC, el ángulo C es recto (triángulo rectángulo) si y solo si el área del cuadrado sobre el lado c, opuesto a C, es la suma de las áreas de los cuadrados sobre los otros lados a y b:

$$a^2 + b^2 = c^2 \text{ (36) [5].}$$

Se trata de uno de los resultados más importantes de la historia de las matemáticas y que ha sido siempre utilizado en campos del conocimiento como la física, la astronomía, la geometría, la trigonometría y un largo etcétera. Este resultado, por cierto, cuenta un gran número de demostraciones mediante los métodos más diversos (47) [5].

Indaguemos ahora en el mito: poco se sabe respecto a que “Pitágoras fue elevado a una categoría divina y, de hecho, es la primera figura de hombre “divino” conocida en el mundo occidental que reunió a su alrededor una secta de seguidores adheridos a su doctrina” (9) [5]. Los pitagóricos constituían una comunidad de seguidores del maestro Pitágoras la cual seguía una rigurosa serie de reglamentaciones que les otorgaban acceso a la verdad y la salvación. La virtud era para ellos la máxima armonía del alma, un estado de perfección al que solo era posible elevarse mediante las sucesivas reencarnaciones.

Y como ejemplo del carácter divino (religioso) del genio matemático mencionamos lo que dice la leyenda respecto a su nacimiento: “se difundió la idea de que su madre, Pitaida, concibió de Apolo (una de las deidades más importantes de la mitología griega), lo que hizo de Mnesarco el padre adoptivo, y que el nacimiento de aquel niño maravilloso, que haría bien a la humanidad, estuvo profetizado por el oráculo de Delfos” (9) [5]. Nos preguntamos, ¿A qué historia se parece? ¿Podemos pensar que los escritos sagrados son expresión de ese espacio entre nuestro mundo interno y la realidad objetiva? Tomemos en cuenta que estamos hablando del año 570 a. C. Con todo, hemos de enfatizar que la figura del personaje griego integraba todas estas facetas, y ninguna de ellas parece haber sido desestimada por él mismo.

Cuerpo, integración y el gran teorema

No hay duda de que el desarrollo del teorema estaba inscrito en un entorno de misticismo. Pero, ¿cómo conecta esta leyenda con la teoría que hemos expuesto hasta aquí, más allá de lo que acabamos de señalar respecto a dos historias sagradas que parecen idénticas, la de Pitágoras y Jesús de Nazaret? Respondemos a esta pregunta con un par de afirmaciones y un esbozo de justificación:

1. En matemáticas, la deducción de teoremas es un acto de integración.

Marcelino Perelló, un activista del 68 y profesor de Topología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, solía decir que elaborar una demostración era como preparar una ensalada; se debía hacer uso de todos los recursos posibles (matemáticos o no) para lograr el objetivo. Cuando se elabora una demostración matemática se sabe el lugar de llegada, pero no el recorrido; es necesario un acto de integración desde el lugar de la ilusión en que nos sitúa Winnicott. Por ejemplo, hasta 1995 se contó una leyenda que decía que el teorema conjeturado en 1637 por Pierre Fermat, jurista y matemático francés, era efectivamente demostrable, y que éste había señalado en el borde de un libro que la demostración no cabía allí, razón por la que no la registró. Se requirieron 358 años de esfuerzos hasta su realización. Para lograrlo, se creó una nueva teoría algebraica de números en el siglo XIX y se hicieron por supuesto esfuerzos. Interpretamos aquí que precisamente el logro de la formulación teórica general alcanza un estatuto de objeto total, universalmente válido hasta que se demuestre lo contrario.

2. El teorema de Pitágoras tuvo su origen en la imagen de lo corporal y en la cultura de la época.

El elemento más importante de la formulación del teorema es el ángulo de 90° ¿De dónde viene ese especial interés por el ángulo recto? Para los historiadores de las matemáticas la concepción del triángulo rectángulo surgió de la observación entre el muslo y la pierna del espectador (36) [5]. Su utilidad se sitúa en una de las problemáticas de la arquitectura de la época: determinar si una estructura era perpendicular a su base (37) [5].

Se sabe que en la antigua Grecia las distancias se medían mediante una cuerda compuesta por nudos equidistantes (37) [5]. Así, se tenía conocimiento empírico (en la realidad objetiva) de que un espacio triangular que tuviera por lados distancias de 3, 4 y 5 nudos, necesariamente involucraba un ángulo de 90° . Se contaba así, con una forma de comprobar la verticalidad de las edificaciones. Pero ya había indicios de esta relación numérica entre los babilonios, los egipcios, el pueblo indio y los chinos. A partir de la experiencia empírica se

sospechaba que había una regla que podía generalizarse, una formulación general, total, estaba en proceso de construcción. De ahí surge el teorema. ¿No es esta una experiencia con un objeto satisfactorio e integrador del mundo interno en contraste con la realidad objetiva? Es en este tipo de creaciones en la ciencia, el arte o la religión donde podemos encontrar indicios de una suerte de recreación de esas primeras experiencias transicionales en la zona intermedia entre el yo y el no-yo, entre el objeto parcial y el objeto total, entre la madre y el bebé creativo, que es la zona de las paradojas. En palabras Winnicott, se ubica en “esta importante zona de experiencia en el espacio potencial, que existe entre el individuo y el ambiente, que al principio une y al mismo tiempo separa al bebé y la madre” (138) [3].

La secta de los pitagóricos

Se trata de una agrupación formada en la antigua Grecia donde se admitían hombres y mujeres en igualdad, y donde la propiedad era común. El conocimiento matemático estaba vinculado al conocimiento mágico. La comunidad era sometida a una serie de reglamentaciones que regulaban distintos ámbitos de la cotidianidad. Mediante el cumplimiento de las normas, los integrantes de la agrupación podían acceder a la verdad y a la salvación (63) [5].

La ética estaría determinada por una idea del alma inmortal, lo cual impregnaba a la vida de la secta de un carácter religioso y ascético. El dominio del carácter, el alejamiento de las pasiones y la ignorancia de las necesidades del cuerpo eran condiciones necesarias para alcanzar el conocimiento supremo. La música era considerada medicina para el alma por su efecto calmante y “la virtud máxima era la armonía del alma, un estado de perfección al que solo era posible elevarse mediante sucesivas reencarnaciones” (63) [5].

Para la secta religiosa de los pitagóricos la existencia tenía un solo propósito: el contacto con lo divino. Por tanto, estaba estructurada en forma de ascenso por etapas en la que se libraba una lucha por recuperar el origen divino del hombre. Así, el alma era una parte divina en el hombre. Los miembros de la agrupación se distinguían por su vestimenta, alimentación y rituales que constituían una forma de vida alternativa.

Durante la época, la oralidad gozaba de prestigio y la sabiduría efímera era equiparable con la verdadera sabiduría. Es por eso que quizá, como Sócrates, el sabio de Samos no escribió nada en absoluto. Sin embargo, algunos autores aseguran que Pitágoras habría fijado sus doctrinas en textos sagrados. “Una tradición le atribuye tres libros (sobre educación, política y naturaleza), mientras que otra le acusa de haberlos plagiado de Orfeo” (68) [5]. No obstante, la leyenda más famosa afirma la existencia de un libro sagrado del pitagorismo titulado “Discurso Sagrado”.

Los pitagóricos pusieron especial énfasis en encontrar el fundamento matemático de la armonía musical. Establecieron un vínculo entre aritmética, geometría y música que convirtió a ésta última en una rama de las matemáticas. Trasladaron al cosmos sus concepciones numérico-musicales, construyendo una forma de comprender el cosmos en la que los movimientos de los astros emitían tonos musicales de manera armoniosa. Los movimientos circulares de las estrellas eran armónicos, produciendo así una música celeste cuya comprensión excedería por completo nuestras capacidades (107) [5].

En relación con el deseo humano de encontrar su propia armonía y dotar a su relación con el entorno de esta “feliz” característica, hemos encontrado una muy ilustrativa referencia en la obra de Freud, que nos deja una pincelada de conexión con lo planteado hasta ahora: “Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase “tramitación duradera de una exigencia pulsional”. No es, por cierto, que se la haga desaparecer de suerte que nunca más de noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable. No, queremos significar otra cosa, que en términos aproximados se puede designar como el “domeñamiento” de la pulsión: esto quiere decir que la pulsión es admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, es asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones que hay en el interior del yo, y ya no sigue más su camino propio hacia la satisfacción” (227-228) [6]. Podríamos decir, que la experiencia subjetiva en el análisis va también en el sentido de “armonizar” -de armar instintivamente- al yo, de hacerlo “más fuerte” a partir del conocimiento de sus propios conflictos mediante una mejor tramitación de la libido. Desde este punto de vista, estaríamos encontrando una

posible conexión en nuestro personaje en cuanto a lo científico, lo religioso y lo psicoanalítico, dado que hemos hecho un breve recorrido entre elementos de vinculación en Pitágoras entre lo corporal, la enunciación de postulados científicos y un impulso por armonizar estos elementos con el universo.

La perfección y la falta-ausencia

Otro concepto de la cosmogonía pitagórica era la perfección presente en el universo (144-145)[7]. Es conocido por todos nosotros que los números son en realidad una abstracción y un constructo científico que forma parte de un aparato teórico. Se han definido conjuntos de números que han acompañado el quehacer matemático a lo largo de toda su historia: los números naturales (1,2,3,4...); los enteros (cualquier número natural, más su correspondiente negativo, y el cero); los números primos (aquellos que solo pueden ser divisibles entre la unidad y ellos mismos), los racionales (los que pueden representarse como un cociente entre dos números enteros), los irracionales (aquellos que no pueden expresarse como la división entre dos números enteros), los números reales (cualquier número racional o irracional) y los imaginarios (un número no real que al multiplicarlo por sí mismo da por resultado -1. En fin, hay una cantidad considerable de conjuntos de números - algunos de ellos comparten nomenclatura con términos psicoanalíticos- y, por si eso fuera poco, todos los conjuntos que hemos citado están compuestos por una cantidad infinita de sus representantes. Si bien, dichos grupos se han definido en distintas etapas de la historia de las matemáticas, existe un número que era muy especial para los pitagóricos y que representaba desde esa época a la perfección. Nos referimos al número 10, según podemos encontrar en una de las investigaciones más extensas y completas que hemos hallado en torno a nuestro personaje. A decir del doctor David Hernández de la Fuente, doctor en filología clásica y sociología por la Universidad Complutense de Madrid, “Hay que subrayar, según los testimonios de Aristóteles, de la doxografía y de las vidas tardías de Pitágoras, el valor simbólico y religioso que adquiriría el número para los pitagóricos simbolizado en la *tetraktys* o suma del 1-2-3-4) y en el número perfecto, el 10” (147) [7]. Así, entre la infinidad de posibilidades numéricas existiría una de ellas que representaría la perfección, ya en sí mismo un concepto ilusorio en el sentido

freudiano, pero que además estaría presente en el universo desde la conexión encontrada por la humanidad en su ámbito de experiencia.

Una característica adicional que encontramos entre las concepciones de la secta presocrática, tiene que ver con la ausencia y presencia como cualidades en los objetos. Por ejemplo, se creía que los números pares eran ilimitados y los impares eran limitados, se contrastaba también el reposo vs el movimiento, la luz y la oscuridad, etc. Todo ello hasta enunciar diez grandes principios que debían configurar los elementos del universo combinando dos concepciones centrales de los pitagóricos: el diez y la ausencia-presencia de cierta cualidad. Tales principios son los siguientes: Limitado e ilimitado, par e impar, unidad y pluralidad, derecha e izquierda, macho y hembra, reposo y movimiento, rectilíneo y curvo, luz y oscuridad, bien y mal, cuadrado y cuadrilátero irregular. Parece, en efecto que sólo entre algunos pitagóricos estaba presente la lista de diez pares de opuestos como elementos del universo, de manera parecida a otros sistemas presocráticos”(146) [7].

Por lo anterior, es crucial resaltar lo que esencialmente estamos encontrando en relación con una construcción racional que es obtenida a partir de la observación de la realidad objetiva y devuelta a ella, y desde donde se entra en una especie de diálogo de carácter místico alrededor de la perfección. Hablamos aquí del objeto transicional: eso interior con eso exterior cuyo encuentro se realiza en la zona intermedia. Y, por otro lado, la presencia ausencia de elementos como principios rectores del universo. Se construye así un tipo de teología numérica en relación con lo infinitamente ajeno.

Hemos encontrado así un sorprendente vínculo entre el número y el peculiar misticismo propio de la tradición pitagórica. Y lo consideramos sorprendente porque precisamente lo científico suele ser concebido como ajeno a este tipo de vínculo. Es generalmente aceptada la elaboración de conceptualizaciones a partir de la realidad observable, pero el sentido inverso es ajeno a la ciencia, aún cuando el investigador sea una misma entidad. Cabe entonces pensar el lugar que ocupa el psiquismo del observador en sus construcciones. Su rol es, sin ninguna duda, incuestionable tal como lo afirma Carlos Domínguez Morano, doctor en Filosofía, psicólogo y estudioso del psicoanálisis, en su libro “Psicoanálisis y misticismo” al hablar de San Ignacio de Loyola, uno de los

grandes místicos de la historia: “Si tomamos como ejemplo algunas de las experiencias místicas de San Ignacio, tendríamos que acordar que en ellas, efectivamente, son detectables los condicionamientos y determinaciones de su psiquismo que, en cada caso y según los momentos y los procesos psíquicos en los que vive, juegan un papel configurador de su experiencia espiritual” (308) [8]. Los postulados del sabio de Samos nos han ilustrado el lado místico de un científico en una época muy concreta y antigua del desarrollo científico. Sin embargo, no deja de sonar familiar por el tipo de relación que el desarrollo científico ha establecido con la naturaleza como objeto de observación, y como símbolo de perfección.

CONCLUSIONES

“La ciencia no debe temer nada del arte ni de la filosofía, los otros dos sectores de la cultura que, junto con la religión, se presentan como firmes candidatos en orden a ofrecer una satisfacción de las grandes aspiraciones humanas.” (70) [9]. Es desde la zona intermedia de experiencia que accedemos a la cultura. El tema de la satisfacción ha sido central en nuestra investigación para comprender cómo el sabio de Samos y sus seguidores encontraron el camino de colocar en la realidad objetiva aquello que formaba parte de su “propia” subjetividad.

El científico no acepta esa realidad inconmensurable y avasallante que lo rodea, construye así un espacio ilusorio winnicottiano. Crece en capacidad para reconocerla a partir de observaciones, propuestas, modelos y conceptualizaciones que una vez elaboradas son depositadas en ese espacio donde espera hallar un lugar de encuentro con la satisfacción de haber dado en el blanco, de encontrar una generalización capaz de trascender su incapacidad y ser parte del universo mismo. Pitágoras ha logrado esto a través de la formulación de un teorema que es utilizado en diversas ramas de las matemáticas y la física, las ciencias del universo por excelencia.

El científico parece estar jugando, a partir de la observación de su brazo o de su pierna visualiza el ángulo recto que encontrará también en las edificaciones. Es una experiencia creativa. La experiencia subjetiva con el cuerpo propio es puesta en lenguaje matemático y constituida en una ley aplicable para un todo, para todo triángulo rectángulo. Declara así una zona intermedia que nos remite la actividad creadora

primaria winnicottiana con la consecuente proyección de lo que se ha introyectado. Pitágoras encuentra un ángulo recto y lo proyecta al espacio que le permite transicionar de la experiencia inicial de satisfacción hacia el espacio, hacia el exterior que parece estar atento a sus generalizaciones; encuentra una satisfacción perceptual a partir de la armonía musical que luego será transferida al universo a través de las trayectorias armónicas de los objetos celestes.

Otra perspectiva muy interesante entre nuestros hallazgos son las ideas de armonía y perfección que serán susceptibles de ser buscadas, y encontradas por la escuela pitagórica. ¿De dónde pueden provenir éstas, si no es de alguna experiencia de esa naturaleza en el pasado de sus creadores? Sólo es susceptible de ser buscado aquello de lo que se tiene algún indicio. De esta forma, los caminos y aspiraciones de la escuela pitagórica no hacen más que remitirnos a la teoría de Winnicott sobre las experiencias primitivas de satisfacción del bebé y la re-creación de un espacio posible de perfección y armonía. ¿Es eso posible? ¿Hay posibilidad de un estado así? Los pitagóricos no tienen ninguna duda.

Por último, hemos sido espectadores de una salida mística a toda la experiencia de un destacado filósofo pre-socrático. Toda su vivencia ha sido conectada con la certeza de la trascendencia del alma, el contacto con lo divino como propósito de la existencia y una teleología a partir de los números. En la naturaleza, en la bóveda celeste, debían encontrar un fenómeno o una ley parecidas a lo que su propia experiencia había producido. La muerte, la falta, la ausencia máxima no pueden ser una barrera infranqueable, de ahí que se hayan encontrado diez principios de pares opuestos, donde la ausencia tiene siempre su contraparte de presencia.

Hemos encontrado así la ruta científica y la religiosa en un solo movimiento colectivo, y ambas perspectivas parecen ser parte de un todo. Sería difícil sostener con seriedad una separación entre lo científico y lo religioso en un personaje de tal envergadura. Tenemos como objeto de estudio el posicionamiento de un personaje relevante que nos muestra una posición integrada respecto al mundo de su entorno. Podemos verlo claramente como un científico-religioso. Ciencia y religión comparten posiciones muy similares; solo parecen haber cambiado de objeto. Finalizamos con una referencia a

Carlos Domínguez Morano, muy pertinente en este sentido: “Pero donde quizás se muestra con más claridad la resistencia de la ilusión es justamente en la impregnación religiosa que la ciencia misma parece presentar. En efecto, el quehacer científico, llamado al desvelamiento de lo real frente a lo ilusorio, no acierta a desprenderse tampoco del todo de sus antiguas vinculaciones con la cosmovisión religiosa de la vida. Hay quienes, justamente desde las posiciones más positivistas, solicitan de ella un tipo de seguridad que, paradójicamente, conduce al pensamiento científico a convertirla en una especie de *sustitutivo de los antiguos catecismos religiosos*” (72) [9].

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LACRUZ, J. (2015). Donald Winnicott: Vocabulario esencial. Mira Editores.
- [2] FREUD, S. (1933). 34a conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006.
- [3] WINNICOTT, D. (1971). Realidad y juego. Argentina: Gedisa Editorial.
- [4] ABRAM, J. (1996). The Language of Winnicott. Londres: Jason Aronson, Inc.
- [5] SÁNCHEZ, M. (2012). El Teorema de Pitágoras. Un secreto encerrado en tres paredes. España: National Geographic.
- [6] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006.
- [7] HERNÁNDEZ, D. (2019). Vidas de Pitágoras. Girona: Atalanta.
- [8] DOMÍNGUEZ, C. (2020). Mística y psicoanálisis. España: Trotta.
- [9] DOMÍNGUEZ, C. (1992). Creer después de Freud. Madrid: San Pablo.